

**Significado e implicaciones del embarazo  
adolescente en distintos contextos socioculturales  
de México: reseña de un proyecto en proceso**

*Claudio Stern*

**Antecedentes**

PUEDE AFIRMARSE QUE EL EMBARAZO EN LA ADOLESCENCIA comienza a ser definido en México como un problema social y a ser abordado con cierta intensidad por investigadores de diversas disciplinas a mediados de la década de los años ochenta del siglo xx. Aun cuando no se ha realizado ninguna investigación para esclarecer las razones y circunstancias que llevaron a definirlo como un problema —un tema fascinante en espera de quien lo investigue— no cabe la menor duda de que en dicho proceso, así como en el que tuvo lugar dos décadas antes con respecto al control de la fecundidad —que subyace también en gran parte a la preocupación por el embarazo adolescente— jugaron un papel destacado las agencias internacionales, en particular el Fondo de las Naciones Unidas para la Población (FNUAP) y diversas fundaciones norteamericanas que habían incluido el tema en sus agendas.

Lo que motivó mi propio interés en el tema cuando por razones profesionales me aproximé al mismo,<sup>1</sup> fue una sensación de inconsistencia con respecto a la manera como había sido definido “el problema” e insatisfac-

<sup>1</sup> Cuando dirigí —entre 1998 y 1999— el Programa de Salud Infantil y Fecundidad en la Adolescencia de la Oficina Regional del Population Council para América Latina y el Caribe, aprovechando dos años sabáticos y una licencia sin goce de sueldo en El Colegio de México.

ción con el enfoque que se le estaba dando a la investigación al respecto. Mi inquietud, curiosidad científica y deseo de esclarecimiento fueron tales que, cuando regresé a El Colegio de México (Colmex) después de una ausencia de tres años y pude plantearme el proyecto de investigación al que quería dedicarme, decidí hacerlo sobre este tema.

Además de dedicar un esfuerzo intelectual para tratar de esclarecer la naturaleza del problema, mi posicionamiento frente al mismo y las necesidades de investigación al respecto (cf. Stern, 1994, 1995a y 1995b; Stern, 1997; Stern y García, 2001), decidí emprender un proyecto de investigación para contribuir al conocimiento empírico sobre este fenómeno. Escribí una propuesta desde el año de 1992, pero por haber asumido otros compromisos en el Colmex no fue sino hasta 1997 que pude comprometerme a realizar el proyecto, que fue apoyado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) y, posteriormente y de manera complementaria, por la Organización Mundial de la Salud (OMS).

### Hacia una redefinición del “problema” del embarazo en la adolescencia

Con cierto riesgo de simplificar en exceso, puede decirse que algunos de los argumentos principales que se esgrimían hace una década —y que en buena medida subsisten aún— para considerar que el embarazo adolescente constituye un problema social son los siguientes:

A nivel individual, se piensa, estos embarazos modifican la trayectoria de los y las jóvenes involucrados y los conducen a un futuro con grandes limitaciones para salir adelante. Entre otras cosas, se dice: truncan su escolaridad, tienen dificultades para acceder al mercado de trabajo y grandes limitaciones para criar a sus hijos y para mantener una familia estable. Indicadores empíricos de estos elementos no faltan: los niveles de escolaridad de las mujeres que fueron madres en su adolescencia son menores que los de madres no adolescentes; la duración de las uniones parece ser menor en las primeras que en las segundas; el nivel de ingresos de las familias de madres adolescentes tiende a ser menor que el de las familias de madres no adolescentes, etcétera.

Por otra parte, se insiste, estos embarazos son riesgosos para la salud de la madre y del niño. Los problemas que tienen estas jóvenes durante el embarazo, parto y puerperio son mayores que los que tienen mujeres de otros grupos de edad. La mortalidad materna, por ejemplo, es mayor entre las primeras que entre las segundas. Asimismo, el riesgo de traer al mundo bebés de bajo

peso al nacer —un indicador de la salud de la madre y del niño— es considerablemente mayor entre las adolescentes que entre mujeres mayores.

Ambos tipos de factores individuales, se afirma, se traducen en costos sociales. En primer lugar porque impiden el potencial de desarrollo de muchas familias y, en segundo, porque requieren de recursos gubernamentales de consideración para atender los daños a la salud que generan y para brindar apoyos sociales necesarios para estas madres y sus hijos. En forma más extrema se arguye, a partir de los elementos mencionados, que el embarazo adolescente constituye un elemento importante de la “transmisión intergeneracional de la pobreza” y que contribuye al incremento de ésta.

Un tercer ámbito en el que se argumenta que el embarazo adolescente se constituye en un problema social es el demográfico: las mujeres que comienzan a tener hijos en su adolescencia tienden a tener un mayor número de hijos al final de su vida reproductiva que aquellas que comienzan a tenerlos después de los 20 años de edad; en consecuencia, el embarazo adolescente contribuye a un rápido crecimiento de la población del país, factor considerado por muchos como uno de los principales obstáculos para mejorar la calidad de vida de la población.

Por otra parte, en términos de las “causas” que conducen a estos embarazos, hace diez años se ponía el énfasis en factores individuales y familiares: la escasa información con respecto a la sexualidad y la reproducción, características psicológicas tales como la baja autoestima, la poca motivación al logro, la escasa capacidad de planear, la inestabilidad familiar, etcétera.

En varios de mis trabajos, en particular en “El embarazo adolescente como problema público: una visión crítica” (Stern, 1997) y en el que escribí en colaboración con mi entonces ayudante de investigación Elizabeth García (“Hacia un nuevo enfoque en el campo del embarazo adolescente”, Stern y García, 2001) he intentado rebatir estos argumentos y proponer respuestas alternativas, lo cual no quisiera repetir aquí sino para ejemplificar mi propia posición general respecto al tema.

Estoy convencido de que conocemos muy poco sobre el embarazo en la adolescencia en nuestro país, de que se trata de un fenómeno complejo y diverso —como prácticamente todos los fenómenos sociales— y de que habría que delimitar con mucho mayor rigor y precisión dónde están los problemas relacionados con el mismo, para quién o quiénes se constituyen en problemas, cuáles son sus determinantes, los elementos que están contribuyendo a los problemas que se derivan del mismo, y qué instancias de la sociedad organizada podrían o debieran intervenir tanto para prevenirlo —en aquellos casos en que ello sea aconsejable— como para mitigar sus consecuencias.

Los embarazos que ocurren antes de los 20 años de edad —etapa de la vida que poco a poco ha ido definiéndose como “adolescencia” pero que en periodos históricos anteriores, y aún hoy en día para ciertos grupos sociales, no existe como tal, o sea como un periodo de transición entre la niñez y la adultez durante el cual los jóvenes se preparan para asumir su rol de adultos en las diversas esferas de la vida— no sólo han sido muy comunes históricamente en nuestro país, sino que, contrariamente a la percepción existente, eran proporcionalmente mucho más numerosos que hoy en día. La tasa de embarazos de mujeres de 15 a 19 años de edad —identificada estadísticamente como indicador del embarazo en la adolescencia— ha disminuido significativamente —más de un 40%— en las últimas décadas, por lo que resulta paradójico que esta disminución haya comenzado a ocurrir precisamente cuando el fenómeno comenzó a definirse como un problema social.

Lo que ha ocurrido es que diversos cambios sociales, como la creciente inserción de la mujer al proceso de escolarización y al mercado de trabajo, han llevado a redefinir las normas sociales en el ámbito de la reproducción, de tal manera que ahora se pretende definir como socialmente indeseables a los embarazos y nacimientos que ocurren en esa etapa de la vida llamada adolescencia, que ahora se supone debiera corresponder con una época dedicada al estudio y a la preparación para la “adultez”.

No obstante, agregaría, dichas normas sociales no son universales ni se corresponden con la realidad que enfrentan algunos de los diversos grupos y sectores de la población mexicana, que no tienen las oportunidades que tienen otros, como los sectores medios y altos, de una escolarización prolongada, congruente con la postergación de la unión y de la procreación.

Por otra parte, los riesgos y las consecuencias sociales a los que me referí arriba no se distribuyen por igual entre los diversos grupos sociales. Por una parte, el propio embarazo “temprano” ocurre con mucho mayor frecuencia entre los sectores más pobres de la población —en una proporción de seis a uno si comparamos el estrato más bajo con el más alto—. Por otra, los riesgos para la salud de la madre y del niño, así como las consecuencias para el futuro de la familia de procreación, tampoco se distribuyen por igual; son mucho mayores para las jóvenes de los sectores más pobres, que tienden a tener índices de desnutrición elevados y que no cuentan con un acceso expedito a los centros de atención prenatal, que para las jóvenes de sectores medios y altos que, además de ello, cuentan con la opción —real, que no legal— de dar término a su embarazo y por tanto de evitar la maternidad temprana.

Hay otras dimensiones del “problema”, como las que tienen que ver con las normas culturales sobre la sexualidad —y en particular con la no aceptación de la sexualidad premarital—, con la desigualdad en las relaciones de

género —y en particular con la doble moral que se aplica a los hombres y mujeres en la esfera de la sexualidad—, a las que también me refiero en los trabajos arriba mencionados y que considero fundamentales para entender las razones que llevan a una proporción elevada de embarazos adolescentes “inesperados” y creciente de embarazos premaritales. Sin embargo, dejo su recuento para mejor ocasión, ya que lo que pretendí con esta breve reseña sobre “la definición del problema” y sobre mi propia posición al respecto, fue sugerir al lector la comprensión de algunas de las preocupaciones que me llevaron a definir el proyecto de investigación al que me referiré enseguida.

Para resumir: una de mis críticas más reiteradas a la definición del “problema” del embarazo adolescente y a la investigación que se hacía al respecto a principios de la década de los años noventa del siglo pasado es que aparecían siempre totalmente descontextualizadas. Parecía partirse del supuesto de que se trata de un fenómeno cuyas características son universales y cuyas “causas” y “consecuencias” —estas últimas todas negativas— fueran generalizables. Como si un “embarazo adolescente” significara lo mismo y tuviera las mismas implicaciones para cualquier individuo, comunidad, grupo social o sociedad.<sup>2</sup>

Para tratar de “probar” mi tesis de que este fenómeno social —ya no definido como “problema”, cuando menos como punto de partida— no se presenta de la misma manera en distintos grupos sociales y no tiene las mismas “causas” y “consecuencias” en ellos y para la sociedad en general, formulé mi proyecto bajo el título de “El significado y las implicaciones del embarazo adolescente en distintos contextos socioculturales de México”.<sup>3</sup>

### El proyecto

Se trata de una investigación con un enfoque cualitativo, llevada a cabo en tres etapas y en cinco contextos socioculturales (llamados también indistintamente por mí grupos sociales, sectores sociales y contextos sociales). Las etapas

<sup>2</sup> Lo que, dicho sea de paso, llevé —y sigue llevando en muchas ocasiones— a que se trasplanten a nuestra realidad social esquemas conceptuales, supuestos y resultados de investigaciones realizadas en otros países —particularmente en los Estados Unidos de Norteamérica— en los cuales el embarazo adolescente tiene lugar bajo condiciones muy diferentes.

<sup>3</sup> Entendiendo por “significado” no únicamente el sentido que tiene subjetivamente para los actores involucrados, sino el sentido que puede dársele en términos sociales más amplios, tomando en consideración los diversos elementos que lo caracterizan en cada contexto. Para un primer esbozo conceptual de la tesis que sostengo y de las “hipótesis” que me planteé en relación con algunas diferencias que pensaba encontrar entre los diferentes contextos sociales, véase Stern (1995b).

consistieron de una investigación “etnográfica” de cada contexto —que comprendió observación, consulta de materiales secundarios, pláticas y entrevistas con informantes clave y con personas de la comunidad, así como participación en actividades comunitarias—, entrevistas grupales —de dos a tres horas de duración— a adolescentes y jóvenes varones y mujeres (por separado por sexo), y entrevistas individuales, a profundidad, a un número reducido de adolescentes y jóvenes varones y mujeres de cada uno de ellos. Estas últimas se realizaron bajo el formato de relatos biográficos abiertos y tuvieron una duración muy variable, desde menos de media hora en algunos casos, hasta más de diez horas —en varias sesiones— en otros, con un promedio de unas tres horas.

La investigación se planteó originalmente como un proyecto que combinaría métodos cuantitativos y cualitativos, predominando estos últimos. Sin embargo, la parte cuantitativa —una encuesta a unos 50 jóvenes varones y 50 mujeres de cada contexto— no fue apoyada por las instituciones que aportaron los fondos para apoyar la investigación y por tanto no ha sido llevada a cabo.

En términos de los contextos sociales a ser estudiados, mi intención fue seleccionar un abanico que ejemplificara algunos de los sectores sociales más representativos de la heterogénea población del país, con el objeto de mostrar las semejanzas y diferencias —con un sesgo de mayor énfasis en estas últimas— que se presentan en torno a los embarazos que ocurren en la etapa de la “adolescencia” —entre los 13 y los 20 años de edad. Utilicé dos ejes analíticos para hacer la selección: un eje “vertical” o de desigualdad socioeconómica y un eje “horizontal” o de desigualdad histórico-cultural. En el primer eje consideré, por un lado, la dicotomía rural-urbana y, por otro, la estratificación social al interior del medio urbano. En el eje horizontal pensé en incluir sectores de la población ubicados en estratos semejantes pero localizados en regiones con características histórico-culturales diversas en términos de las dimensiones relevantes para el objeto de estudio.

Dado el número limitado de contextos socioculturales que podía investigar en un plazo razonable y con los recursos que tendría disponibles, decidí incluir los siguientes sectores: una comunidad rural “tradicional”, con agricultura de subsistencia, de alguno de los estados del Sur-Sureste del país; una comunidad campesina más moderna, de agricultura mercantil, de la región Centro o Centro-Occidente; un sector marginado de una de las grandes ciudades del país; dos sectores “populares” de ciudades con características histórico-culturales muy diversas, y un sector de clase media-alta metropolitana.

En el transcurso de la investigación hubo que dejar de lado el estudio en la comunidad campesina mercantil, por insuficiencia de recursos humanos y

financieros, quedando finalmente los siguientes como contextos socioculturales en los que se llevó a cabo la investigación: la comunidad de Cieneguilla del Distrito de Juquila, en Oaxaca; la colonia (marginada) Mesa de Hornos en la Ciudad de México, un sector popular urbano del municipio de Tonalá, Jalisco; una colonia popular urbana de la ciudad de Matamoros, Tamaulipas; y un sector de clase media-alta de la Ciudad de México.

### Población objeto de estudio

La población objeto de estudio fueron los adolescentes y jóvenes de cada uno de los contextos socioculturales. Dado el carácter socialmente relativo de lo que ha dado en llamarse adolescencia y en función de que mi interés se centra en algunos de los procesos que ocurren entre la pubertad y la “adultez” y que pueden propiciar o no que se den embarazos tempranos, tenía por lo menos dos opciones metodológicas: definir, para cada uno de los contextos y en función de los resultados de la primera etapa de la investigación, aquellos rangos de edad equivalentes a lo que podría denominarse “adolescencia” (etapa entre la niñez y la adultez) en cada uno de ellos, para definir la población objeto de estudio, o definir un rango de edades similar para todos los contextos —por ejemplo de los 15 a los 24— para observar a qué edad tienden a ocurrir los hechos relevantes para la investigación.

Por otra parte, había también otra opción metodológica relacionada con el momento en el que interesaba captar los procesos de interés para el estudio: cuando están ocurriendo (o sea, en plena adolescencia), o cuando ya más bien puede suponerse que han ocurrido (hacia el final o después de la adolescencia).

En ambos casos opté por lo segundo, por lo que la población (principal) objeto de estudio son los jóvenes, tanto varones como mujeres, de entre 12 y 24 años de edad, mientras que la población adolescente y joven que fue tomada como informante, tanto para las entrevistas grupales como para las individuales, está en el rango de entre los 16 y los 24 años de edad.

### Organización

Con base en el interés mostrado por varios investigadores que participaron en el *Grupo de trabajo sobre sexualidad y salud reproductiva de adolescentes y jóvenes* (que coordiné entre 1995 y 1997 como parte del Programa “Salud Reproductiva y Sociedad” del Colmex) para colaborar conmigo en

una investigación sobre el tema, pensé que no sería difícil que algunos de ellos se involucraran en el proyecto como investigadores asociados, con el apoyo de las instituciones en que trabajaban. ¡Oh decepción!: en ningún caso conseguí que así fuera; todos ellos trabajaban en condiciones institucionales que no permitieron los acuerdos necesarios para una colaboración interinstitucional; hubo que subcontratar en forma personal a los investigadores para que realizaran el trabajo mediante el pago de honorarios, y todos ellos tuvieron que llevar a cabo el trabajo de manera simultánea con otras actividades para las que estaban previamente comprometidos.

Por otra parte, a pesar de que mi intención era —en función del enfoque metodológico cualitativo del proyecto— que el investigador de cada contexto fuera el mismo a lo largo de las tres etapas de la investigación, en varios casos hubo que cambiar de investigador a medio camino. Además, la intención original era que todos trabajáramos en equipo, mediante reuniones periódicas y una comunicación intensa, con el objeto de enriquecernos mutuamente y para asegurar que los métodos y técnicas de investigación aplicados en todos los contextos fueran semejantes. Ello tampoco pudo lograrse plenamente debido a varias razones: a que la investigación de los distintos contextos no pudo iniciarse simultáneamente, por la dificultad de encontrar investigadores más o menos idóneos y disponibles para trabajar en el proyecto, por la disponibilidad tardía de fondos de la segunda fuente de financiamiento, cuyas aportaciones comenzaron un año después de las del Conacyt, y también debido a las dificultades para concertar las fechas para las reuniones, dadas las múltiples agendas de los investigadores.

El equipo de investigadores que trabajamos en la Ciudad de México pudimos reunirnos con cierta frecuencia y diseñamos conjuntamente las guías e instrumentos de investigación. También mantuvimos un seminario de discusión y análisis de las entrevistas a profundidad de los sectores estudiados en la Ciudad de México, que fue conducido por Alicia Lindón, doctora en Sociología, especializada en metodología y análisis de narraciones autobiográficas.

La descripción y los análisis preliminares de la información recolectada en cada una de las etapas de la investigación fueron realizados por los investigadores que estuvieron a cargo de la recopilación, con base en las guías correspondientes (véase en el anexo la conformación del equipo de investigación). Los informes derivados del proceso de investigación fueron revisados y comentados por el director del proyecto y, en la mayor parte de los casos, reelaborados por los investigadores responsables. A partir de la etapa de entrevistas grupales intentamos estandarizar los procedimientos de registro de la información y las categorías de análisis, con el auxilio de programas



computarizados —Ethnograph y Nud\*ist—, pero ello se logró sólo de manera muy incipiente.

## Productos y subproductos de la investigación

### *a) Actividades e Informes*

A pesar de las dificultades encontradas, logramos culminar la mayor parte de las actividades previstas en el proyecto. Los informes parciales de investigación con los que contamos son muy numerosos:

De la etapa etnográfica se cuenta con extensas monografías —de entre 100 y 150 páginas— de cada uno de los cinco contextos sociales estudiados. El contenido comprende información sobre las características del poblamiento y la estructura física de los asentamientos estudiados, sobre las características socioeconómicas y las condiciones de vida de la población, su vida cotidiana, la percepción que tienen los habitantes sobre las características de las familias y de los jóvenes, las relaciones entre los géneros, el cortejo y las relaciones sexuales, el embarazo y los tipos de unión.

De la etapa de entrevistas grupales, realizadas independientemente con jóvenes varones y mujeres de cada uno de los diversos contextos, se cuenta, además de las transcripciones, con informes de los resultados de cada una de ellas, excepto el de la comunidad rural tradicional, en el que no se pudieron llevar a cabo con éxito debido en parte a las normas culturales locales, que dificultaron su realización. De la etapa de entrevistas individuales se cuenta con las transcripciones y con los informes de la mayor parte de ellas.

Como un primer paso para llevar a cabo el análisis de resultados de la investigación en su conjunto, procedimos a elaborar informes integrados de los resultados obtenidos en las tres etapas de la investigación en cada uno de los cinco contextos socioculturales. Algunos de ellos fueron elaborados por los investigadores responsables del estudio en cada contexto —es el caso de los informes de Matamoros y de Cieneguilla—, pero para elaborar los otros hubo que recurrir a la contratación *ex professo* de una investigadora asociada, Diana Reartes, quien se encargó de integrarlos bajo mi dirección y supervisión.

Cada uno de estos informes integrados, en los que se resumen los resultados obtenidos a partir de los diversos métodos y técnicas utilizados, constituye una monografía en sí misma, que podría ser difundida o cuando menos puesta a disposición de aquellos interesados en el tema. Para ello hace falta una revisión de estilo, para unificar criterios y la organización de cada parte

y del conjunto, así como un capítulo introductorio en el que se describa la naturaleza y organización del proyecto.

*b) Tesis*

Dos tesis fueron elaboradas con base en el proyecto: la de Maestría en Psicología Social de Elizabeth García, titulada “Ser joven en Hornos: la construcción psicosocial de la juventud en un contexto marginal-urbano” (Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, 2001), y la de Licenciatura en Antropología Social de Jorge Meneses, titulada “Juventud y cortejo en una comunidad indígena de Oaxaca” (Escuela Nacional de Antropología e Historia, ENAH, 2002).

**Resultados sustantivos de la investigación**

Hasta el momento han sido presentadas tres ponencias para difundir algunos de los resultados preliminares de la investigación. La primera fue un informe de avance de la investigación que contenía básicamente los antecedentes de la misma, sus objetivos, metodología y los avances logrados hasta ese momento en cuanto a las metas planteadas en el proyecto. No contenía propiamente avances de resultados en términos sustantivos, por lo que no haré referencias adicionales a ella, sino que me referiré más bien a algunos de los resultados preliminares contenidos en los otros dos documentos, que no han sido publicados ni traducidos al español.

*a) Estereotipos de género, encuentros sexuales y embarazos tempranos<sup>4</sup>*

Podemos definir como *estereotipos* las creencias fuertemente arraigadas que se tienen sobre las características atribuidas a ciertas categorías de personas. El grado hasta el cual dichas características corresponden o no con las carac-

<sup>4</sup> Lo que sigue constituye una reseña parcial de la ponencia escrita en colaboración con Elizabeth Cueva, Elizabeth García, Alicia Pereda y Yuriria Rodríguez, titulada “Gender stereotypes, sexual relations, and adolescent pregnancy in the lives of youngsters of different socio-cultural groups in Mexico”, presentada en el XXIV Congreso General de Población de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, que tuvo lugar en Salvador-Bahía, Brasil, en agosto de 2001.

terísticas reales de dichas personas no tiene mucha importancia, ya que los estereotipos se graban inconscientemente durante el proceso de socialización; no se llega a ellos mediante la experiencia y la razón. No obstante, la influencia de los estereotipos en el comportamiento social es muy importante. Parte de su importancia radica en que, al predisponer el comportamiento hacia otros, tienden a provocar la respuesta anticipada por parte de ellos, contribuyendo así a reforzar el estereotipo. El fuerte componente inconsciente de los estereotipos, así como la importante función que juegan en la normalización del comportamiento, ayudan a explicar por qué son tan difíciles de cambiar, incluso cuando las condiciones sociales que pueden ser vistas como las que los originaron y mantuvieron sufren cambios importantes.

La relación entre los estereotipos y el comportamiento, sin embargo, es compleja; los estereotipos tienden a permanecer al nivel del discurso incluso cuando el comportamiento real ya no se corresponde con ellos y, en otros casos, siguen operando al nivel del comportamiento aun cuando sean negados o no aparezcan al nivel del discurso.

En la última década varios estudios han destacado la importancia de los estereotipos de género en la sexualidad adolescente (entre otros, Henriques-Mueller y Yunes, 1993; Pantelides *et al.*, 1995; Castañeda *et al.*, 1997; Amuchástegui, 1998 y 2001; Mendieta, 1998; Arias y Aramburú, 1999; véase también una revisión de estudios recientes en Szasz, 1998). Se ha constatado que estereotipos semejantes de género se encuentran ampliamente extendidos en la cultura latinoamericana, dado que forman parte de ella, al estar relacionados con los valores y prescripciones de origen religioso que permean dicha cultura.

No obstante que comparto el punto de vista mencionado, pienso que puede haber importantes —aunque sutiles— variaciones de estos estereotipos entre diversos grupos sociales al interior de estas culturas y, quizá más importante, que probablemente haya variaciones significativas entre estos grupos en términos tanto de la importancia relativa que ocupan ciertos estereotipos en ellos como de la correspondencia que existe entre las normas o prescripciones derivadas de dichos estereotipos y las prácticas sociales concretas.

Teniendo en cuenta que la investigación que estaba realizando y que aquí reseño había hecho evidente la importancia de los estereotipos de género, de la doble moral que éstos generan, y de las desiguales relaciones entre los géneros, como elementos que contribuyen a que los adolescentes lleguen a tener relaciones sexuales imprevistas y no protegidas y, por tanto, a que ocurran embarazos tempranos —en su mayor parte imprevistos—, me propuse hacer un análisis preliminar de estas cuestiones, conjuntamente con las

investigadoras asociadas que habían estado a cargo de las entrevistas grupales, en tres de los cinco contextos socioculturales para los que ya contábamos con informes de los resultados de dichas entrevistas: el contexto urbano-marginal, el sector popular de Matamoros, Tamaulipas, y la clase media-alta de la Ciudad de México.

Tal y como lo esperábamos, encontramos diferencias sutiles entre los estereotipos de género puestos de manifiesto por las entrevistas grupales en los tres contextos. En el contexto marginal urbano, el estereotipo del “ser hombre” que surge de las entrevistas<sup>5</sup> es ser rudo, atrevido, transgresor; en contraste con el de la mujer como sufrida, sumisa, cuidadora, “luchona”. Él debe poner en juego su destreza como cazador para saciar su impulso sexual, lo que confirmará públicamente su hombría. Ella debe probar su respetabilidad, haciéndose deseable pero manteniendo a raya a los hombres, ya que mantener la respetabilidad es la mejor garantía para que el hombre asuma la responsabilidad frente a un posible embarazo.

Este juego se desarrolla en un contexto en el que son bastante comunes las familias desintegradas, donde hay condiciones adversas y pocos incentivos para permanecer en la escuela, donde son escasas las posibilidades de supervisión y comunicación con los jóvenes. Los varones vagan en las calles con su pandilla; las muchachas, una vez que dejan la escuela —a los 13 o 14 años— son recluidas en sus casas, tienen pocas oportunidades de socializar con sus congéneres de ambos sexos, y en muchas ocasiones son explotadas, maltratadas y sufren abusos.

Entre las aspiraciones de muchos varones está dejar el alcohol y las drogas por medio de asumir responsabilidades como proveedores de una familia, mientras que algunas chicas aspiran a escapar de su situación familiar, que consideran intolerable en ocasiones, involucrándose con alguien que las “ame” (que les muestre cariño) y —de manera no muy consciente— a embarazarse y ser madres para ser respetadas y ganar status como mujeres.

Los resultados de este interjuego entre los estereotipos de género, las condiciones sociales y las oportunidades y aspiraciones, son, en este grupo social: una iniciación sexual temprana, una total ausencia de protección, embarazos tempranos (que llevan usualmente a uniones consensuales pero en ocasiones también a una maternidad en soltería). Los abortos —clandestinos, en condiciones inseguras— ocurren probablemente en su mayoría en casos de abuso sexual.

<sup>5</sup> Vale aclarar que los y las jóvenes a quienes se aplicaron las entrevistas grupales no representan necesariamente a todos los jóvenes de los contextos respectivos.

Pasando ahora al sector popular, encontramos que el estereotipo masculino corresponde al hombre fuerte, que toma la iniciativa en su relación con el sexo opuesto, y que se responsabiliza de sus actos, mientras que los atributos femeninos se derivan de su ser y aparecer como una mujer respetable: modesta, tímida, casta, ignorante en cuestiones de sexo. Para los varones, la iniciación sexual es un signo de llegar a ser hombre —dejar de ser niño— y este acto ritual ocurre frecuentemente con prostitutas, ya que pocas mujeres de su clase social están sexualmente disponibles.

En este contexto social se le da gran importancia a la familia y la mayor parte de las familias tienden a ser integradas. Hay un control y supervisión cercanos sobre los jóvenes, particularmente sobre las mujeres. Hay fuertes incentivos para estudiar y para prepararse; muchos jóvenes, principalmente varones, estudian y trabajan. Las chicas crecen con presiones cruzadas entre las expectativas de socialización heterosexual —se espera que las muchachas tengan novio después de cumplir los quince años— y las restricciones impuestas por los padres. En consecuencia, los noviazgos tienden a ocultarse de los padres hasta que se da una relación más o menos estable. Una vez que esta se produce, la confianza juega un papel crucial: la confianza mutua —el hombre se hará cargo si algo ocurre—, la confianza por parte de los padres —ella es una buena chica y él es un galán trabajador—. En estas circunstancias, la chica puede llegar a consentir tener relaciones sexuales, pero sólo bajo el embrujo del *elixir de amor*, que es el único argumento que puede esgrimir para excusarse de transgredir las fuertes normas sociales de la castidad y la virginidad. Ella reprimirá cualquier manifestación de deseo sexual y continuará jugando el juego de las apariencias. Habrá poca comunicación sobre sexualidad entre la pareja. La contracepción puede ser contemplada pero será difícil de ser puesta en práctica, particularmente durante los primeros encuentros sexuales, debido al interjuego de estereotipos.

Las opciones de vida y aspiraciones en este sector incluyen, para las chicas, terminar la preparatoria o una carrera corta; trabajar para ayudar a la familia y particularmente para tener dinero para sí mismas —para este sector de la población tiende a haber posibilidades de empleo—; y, después, casarse y tener hijos. Para los varones, estudiar una carrera técnica o administrativa, trabajar en puestos intermedios en empresas comerciales o manufactureras, y lograr una posición que les permita formar y mantener una familia.

En términos de los resultados de interés para nuestro objeto de estudio, parece que en este contexto la iniciación sexual tiende a postergarse entre las mujeres hasta los 17-18 años o más tarde, cuando está por ocurrir u ocurre el matrimonio. Cuando suceden embarazos inesperados, tienden a darse en el se-

no de relaciones prolongadas de noviazgo y suelen tener el efecto de precipitar el matrimonio y en ocasiones de truncar la conclusión de los estudios esperados. Los varones aceptan la responsabilidad de la paternidad. Hay una enérgica oposición al aborto en función de lo arraigados que están en este sector los valores morales católicos. Prevalecerá el rol de la maternidad.

Pasando ahora al sector de clase media-alta, encontramos que los estereotipos masculinos enfatizan la seguridad en sí mismo, la acción, la competitividad, el carácter emprendedor, mientras la identidad femenina gira alrededor de la contradicción entre los estereotipos tradicionales de la mujer como un ser romántico, sentimental, tierno, y las aspiraciones modernas de ser asertiva, segura de sí misma, con planes independientes para el futuro. La virginidad no es tan valorada como en los otros sectores, aunque permanece como importante al nivel del discurso.

La adolescencia en este sector social se extiende por muchos años. Hay poca supervisión directa de los padres, que están demasiado ocupados para ello. Los y las adolescentes tienen muchas maneras y muchos lugares para su socialización heterosexual; tienden a formar grupos con quienes son semejantes a ellos y de estos grupos surgen con frecuencia los noviazgos. Ocasionalmente tienen lugar encuentros sexuales ya sea con el novio o con un amigo. Aunque los adolescentes tienen mucha información sobre anticoncepción y hablan de ello con su pareja y sus amigos, las primeras relaciones suelen ocurrir espontáneamente, aprovechando la ocasión, y sin protección, con frecuencia bajo la influencia del alcohol o de las drogas.

Las opciones de vida son múltiples. Tanto los varones como las muchachas aspiran a terminar una carrera universitaria y a seguir sus intereses y vocaciones. La formación de una familia también está entre sus planes, pero para mucho más tarde en la vida.

En términos de resultados de interés para el proyecto: parece ser que las relaciones sexuales están ocurriendo más tempranamente que en generaciones anteriores. Probablemente exista un número creciente de embarazos, pero la mayoría de ellos se oculta y se interrumpe, dado el gran peso que se asigna en este sector a terminar una carrera universitaria y a realizar las aspiraciones de clase. A pesar de su ilegalidad, el acceso que tienen estos jóvenes a abortos seguros es relativamente fácil, dados los medios sociales y económicos con los que cuentan. Algunas de las familias más conservadoras preferirán llevar a término los embarazos y, dependiendo de la "calidad" de la pareja, ejercerán presión para un matrimonio temprano —en cuyo caso probablemente los jóvenes tendrían que interrumpir sus estudios— u optarán por mantener al niño para criarlo dentro de la familia. Cualquiera sea el curso escogido, habrá apoyo familiar para llevarlo a cabo.

Como podrá apreciarse por esta apretada reseña, los estereotipos y las relaciones desiguales entre los géneros juegan un papel importante en el “problema” del embarazo adolescente, lo cual ya había sido destacado en la literatura sobre el tema en la región latinoamericana. Sin embargo, puede apreciarse también, como lo habíamos sugerido, que estos estereotipos y relaciones se manifiestan de forma distinta en diversos contextos sociales y que sus efectos sobre el hecho de que ocurran o no embarazos tempranos inesperados, dependen de la interacción que se dé con las opciones de vida existentes para los jóvenes en estos contextos y con las aspiraciones que tienen los y las jóvenes que están creciendo en ellos.

*b) Pobreza, vulnerabilidad social y embarazo adolescente<sup>6</sup>*

Otro aspecto que me había llamado poderosamente la atención al revisar los informes de las entrevistas del proyecto, particularmente las historias de vida de las adolescentes de los distintos contextos sociales, fue lo que provisionalmente designé como la gran “vulnerabilidad social” que parecía caracterizar a algunas de las jóvenes entrevistadas, tema sobre el que me propuse hacer un análisis preliminar y exploratorio.

Lo que trato de argumentar y de ilustrar en dicho trabajo, es que el embarazo adolescente en México es propiciado por las condiciones de vulnerabilidad social en que llegan a encontrarse muchas adolescentes, como consecuencia de condiciones estructurales que limitan su acceso a instituciones y redes de apoyo que, en otras circunstancias, permiten a otras jóvenes superar situaciones y problemas que podrían haberlas llevado también a sufrir embarazos inesperados o a una maternidad temprana.

Hago también un intento por distinguir entre el concepto de pobreza, entendido como la falta de los bienes necesarios para satisfacer necesidades básicas, tales como la alimentación, la vivienda y el acceso a la educación básica y a servicios básicos de salud, del concepto de vulnerabilidad social, entendido como la susceptibilidad socialmente determinada de sufrir un golpe de largas consecuencias en la vida, física o moralmente.

<sup>6</sup> Lo que sigue es una reseña parcial de la ponencia titulada “Poverty, social vulnerability and adolescent pregnancy in Mexico: A qualitative analysis”, presentada en el Seminario “Reproductive Health, Unmet Needs, and Poverty: Issues of Access and Quality of Services”, organizada por el Comité Internacional de Cooperación para la Investigación Nacional en Demografía (CICRED por sus siglas en francés), que tuvo lugar en Chulalongkorn University, Bangkok, Tailandia, en noviembre del 2002.

Propongo que la pobreza y la vulnerabilidad social son diferentes analíticamente, aunque están frecuentemente relacionadas empíricamente, y que la segunda no acompaña necesariamente a la primera. Doy el ejemplo de sociedades socialistas o comunistas, como Cuba, donde la pobreza puede estar ampliamente extendida pero donde se han desarrollado mecanismos de seguridad —educación y salud gratuitas para todos y a todos los niveles— y de apoyo —amplias redes de apoyo social y comunitario— que protegen a la población de situaciones de vulnerabilidad.

Para indagar qué tanto mis intuiciones se veían corroboradas por la información recogida en el proyecto, tomé los informes de las doce entrevistas a profundidad (cuatro de cada sector social) realizadas con jovencitas de tres de los contextos sociales estudiados —los mismos que consideré para el análisis de los estereotipos de género (sector marginal, popular urbano en Matamoros, y clase media-alta)— y realicé un análisis comparado de su situación y condiciones de vida y de desarrollo durante la adolescencia.

Pude constatar que efectivamente parece haber elementos estructurales que no necesariamente tienen que ver con la pobreza material, que llevan a que ciertos eventos y condiciones de vulnerabilidad que se producen en el seno de algunas familias, independientemente del sector social al que pertenezcan, se traduzcan en situaciones que llevan a embarazos tempranos. Voy a dar sólo algunos ejemplos que ilustran el argumento que sostengo. Guadalupe, una joven de 16 años del sector marginado urbano, tiene un hijo de un año de edad y vive con su pareja en un cuarto en la casa de su suegro. No pudo acudir regularmente a la escuela cuando estaba en segundo de secundaria porque su padre —con quien, según dice, tenía una muy buena relación— se vio involucrado en un accidente en el cual quedó inconsciente y perdió la memoria, lo cual derivó en su aparente desaparición a los ojos de su familia. La madre de Guadalupe se llevó a su hija para ir a buscar al padre a los hospitales, prisiones, etc., lo cual, de acuerdo con el testimonio de Guadalupe, fue la razón por la cual ella no pudo acudir regularmente a la escuela. La directora de la escuela prometió a Guadalupe que los maestros le brindarían apoyo para recuperar lo perdido con la finalidad de que no perdiera el año (la entrevistada dijo que ella había sido una buena estudiante). Sin embargo, dijo Guadalupe, no cumplieron su promesa y ella no se atrevió a presentar los exámenes, porque “se hubiera sentido como una burra” frente a los demás. Durante la desaparición de su padre conoció a un joven, camino a la escuela, y se hizo su novia. Poco después se dio cuenta de que estaba embarazada, pero sólo informó de ello a su pareja como tres meses después. Como Guadalupe no se atrevía a decírselo a sus padres, fue el muchacho quien les dio la información y les manifestó su intención de vivir con ella. Consideremos ahora el



caso de Angélica, una joven de clase media-alta de 21 años de edad que vive en casa de sus tíos y primos en la Ciudad de México, a donde llegó hace tres años proveniente de la ciudad de Oaxaca, con la finalidad de estudiar en una universidad privada. Su padre falleció en un accidente automovilístico cuando ella tenía 12 años de edad. Era ingeniero. Su madre es licenciada en pedagogía. Su familia era bastante acomodada, pero después del accidente tuvo que ajustar sus gastos. La madre de Angélica tuvo que trabajar y ya no contaba con ingresos suficientes como para pagar la escuela privada donde la niña y su hermano menor estudiaban, así que tuvo que cambiarla a la escuela de una tía, donde no tenía que pagar. Angélica se sintió abandonada por la muerte de su padre y la ausencia de su madre, quien tuvo que salir a trabajar. No obstante, una amiga de su mamá, quien también es pedagoga, apoyó a la familia, quedándose todas las tardes para ayudar a los niños a estudiar. Esta mujer se convirtió en una figura importante para Angélica y después la acompañó a la Ciudad de México para que aprendiera a moverse en una metrópoli tan complicada.

Angélica tuvo su primera experiencia sexual a los 17 años, en Oaxaca, cuando su novio la convenció de que accediera a tenerla antes de venir a la Ciudad de México. Ella pensó en aquél entonces que de esa manera aseguraría la relación con el novio a pesar de la separación física, y afirma que por eso aceptó. Dice no arrepentirse, pero piensa que no estaba lista todavía en aquel entonces para tener relaciones sexuales y que no pudo negociar con el novio. La segunda vez que tuvo relaciones sexuales con él, en una de las visitas que hace periódicamente a Oaxaca para visitar a su familia, dice que confiaron en el ritmo como medida de protección, pero que se quedó muy preocupada por un posible embarazo. Al preguntársele el por qué de dicha preocupación contestó que si se hubiera embarazado su familia habría recibido una fuerte condena moral en el contexto conservador de Oaxaca y, adicionalmente, hubiera tenido que truncar sus planes de venir a la Ciudad de México a estudiar.

Me parece que estos casos ilustran bastante bien lo que quiero decir por vulnerabilidad social y su importancia para comprender el fenómeno del embarazo adolescente. Ambas jóvenes y sus familias sufrieron un golpe fuerte en su adolescencia debido a la pérdida del padre. En el caso de Guadalupe esta pérdida resultó ser temporal, pero, no obstante, desencadenó —o cuando menos tuvo efectos indirectos sobre— eventos que la llevaron a descuidar la escuela, a buscar el afecto de un joven y a embarazarse inesperadamente a sus 15 años de edad y ser madre a los 16. En el caso de Angélica, por contraste, la pérdida del padre propició que la madre pusiera en juego una serie de estrategias, echando mano de su “capital social” —las relaciones

familiares y sociales—, que permitieron que Angélica y su hermano menor pudieran seguir estudiando y teniendo una supervisión adecuada en el ámbito familiar.

Me parece que es legítimo preguntarse cuál habría sido la suerte de Guadalupe si su familia hubiera contado con apoyo económico y social durante la crisis suscitada por la desaparición del padre y si hubiera contado con un apoyo real en la escuela para recuperar lo perdido durante su inasistencia.

He mencionado únicamente estos dos casos para ilustrar mi argumento. En la ponencia expongo los casos de todas las demás jóvenes entrevistadas. Después de hacerlo, concluyo que indudablemente hay que hacer mayores precisiones en relación con los conceptos de pobreza y vulnerabilidad social, y que es necesario llevar a cabo análisis más extensos y detallados sobre las relaciones que se establecen entre ellas. En términos de investigación subsecuente para avanzar en el conocimiento de estos temas, sugiero que podrían re-analizarse algunos de los estudios existentes sobre los determinantes del embarazo adolescente para buscar elementos de vulnerabilidad social como los descritos en el trabajo, así como que se lleven a cabo estudios cualitativos específicamente diseñados para explorar las relaciones entre pobreza, vulnerabilidad social y embarazo adolescente.

Para explorar algunas de estas relaciones cuantitativamente, sugiero que se busquen o se construyan, a partir de algunas de las encuestas existentes, indicadores de algunos elementos de vulnerabilidad social que pude identificar en mi análisis y que podrían ser utilizados en modelos causales y multivariados de los determinantes del embarazo temprano. Entre otros, sugiero los siguientes: la estructura y el contexto familiar, la pertenencia a algún sistema de seguridad social, las oportunidades ocupacionales, el grado de ignorancia sobre cuestiones de sexualidad y reproducción, las relaciones de poder entre los géneros.<sup>7</sup>

### Estado actual del proyecto

Actualmente estoy trabajando en el informe final de resultados de la investigación, que comprende un análisis comparativo del lugar que ocupa y el significado que tiene el embarazo adolescente en cada uno de los contextos, los factores que inciden en que este sea o no frecuente, sus posibles desenla-

<sup>7</sup> En la ponencia desarrollo estas sugerencias con mayor amplitud, sugiriendo la manera de construir estas variables como indicadores de vulnerabilidad social.

ees y consecuencias, así como las implicaciones que de ello se derivan para las políticas sociales. Del informe final espero derivar cuando menos un artículo que dé cuenta de los resultados principales del proyecto, así como probablemente un libro para presentar y dar cuenta de dichos resultados en el contexto del conocimiento que se tiene sobre la materia, tanto en términos generales como, más específicamente, en México.

Adicionalmente, pienso traducir y adaptar las ponencias arriba reseñadas, para publicarlas en español.

#### Anexo: conformación del equipo de investigación

- Dirección y coordinación general a lo largo de toda la duración del proyecto (mayo de 1998 a octubre de 2002), Claudio Stern, doctor en sociología.
- Asistentes de coordinación: Elizabeth García (mayo de 1998 a diciembre de 2000) y Erica Sandoval (enero de 2001 a agosto de 2002), ambas psicólogas sociales.
- Responsable de las tres etapas del estudio en el contexto marginal urbano: Elizabeth García, pasante de la maestría en psicología social, con la colaboración, primero, de Víctor Cébulo, antropólogo social, para el trabajo etnográfico y luego de Roberto Gutiérrez, psicólogo social, para las entrevistas con varones.
- Responsable de la etapa etnográfica y de las entrevistas grupales en el contexto de clase media-alta de la Ciudad de México, Yuriria Rodríguez, pasante de maestría en psicología social. Responsable de las entrevistas individuales a mujeres, Alicia Pereda, con estudios de Maestría en Estudios Latinoamericanos y egresada del curso de especialización en Estudios de la Mujer del Colmex. Responsable de las entrevistas a varones, Gabriel Medina, pasante de Doctorado en Sociología.
- Responsable del estudio en el contexto de Tonalá, Jalisco: primero, Ana Leticia Salcedo, médico, con maestría en Salud Pública y candidata al doctorado en Ciencias Sociales, de la parte etnográfica, y después Yolanda Membrilla, con estudios de maestría en psicología social, como responsable de las entrevistas grupales (con la colaboración del también psicólogo Alfonso Hernández) y de las entrevistas individuales.
- Responsable de las tres etapas del estudio en el contexto de Matamoros, Tamaulipas, Elizabeth Cueva, Antropóloga social, con maestría en Estudios Regionales.
- Responsable de las tres etapas del estudio en el contexto rural tradicional de Cieneguilla, Oaxaca, Mima Cruz, Antropóloga, con estudios de

Maestría en Antropología Social, con la colaboración de Jorge Meneses, pasante de Licenciatura en Antropología social.

Recibido: junio, 2003

Revisado: agosto, 2003

Correspondencia: El Colegio de México/Centro de Estudios Sociológicos/  
Camino al Ajusco 20/Col. Pedregal de Sta. Teresa/10740 / México, D. F./co-  
rreo electrónico: cstern@colmex.mx

### Bibliografía

- Amuchástegui, Ana (2001), *Virginidad e iniciación sexual en México: Experiencias y significados*, México, Edamex/Population Council.
- (1998), “Virginidad e iniciación sexual en México: la sobrevivencia de saberes sexuales subyugados frente a la modernidad”, *Debate Feminista*, año 9, vol. 18, octubre, pp. 131-151.
- Arias, Rosario y Carlos E. Aramburú (1999), *Uno empieza a alucinar... Percepciones de los jóvenes sobre sexualidad, embarazo y acceso a los servicios de salud: Lima, Cusco e Iquitos*, Lima, Perú, Redess Jóvenes/Fundación Summit.
- Castañeda Camey, Xóchitl *et al.* (1997), “Adolescencia, género y sida en áreas rurales de Chiapas”, en Esperanza Tuñón Pablos (coord.), *Género y salud en el sureste de México*, México, El Colegio de la Frontera Sur y Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, pp. 55-83.
- Henriques-Mueller, María Elena y João Yunes (1993), “Adolescencia: equivocaciones y esperanzas”, en Elsa Gómez Gómez (ed.), *Género, mujer y salud en las Américas*, Washington, D.C., Organización Panamericana de la Salud, Publicación científica no. 541, pp. 46-67.
- Mendieta, Néstor (1998), “Anticoncepción, sexualidad y vida. La historia convertida en cuerpos adolescentes”, en Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Centro de Estudios de Estado y Sociedad y Centro de Estudios de Población, *Avances en la investigación social en salud reproductiva y sexualidad*, Buenos Aires, AEP/CEDES/CENEP, pp. 55-76.
- Pantelides, Edith Alejandra *et al.* (1995), *Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Población.
- Stern, C. (1997), “El embarazo en adolescentes como problema público: una visión crítica”, *Salud Pública de México*, vol. 39, núm. 2, pp. 137-143.
- (1995a), “La protección de la salud reproductiva de nuestros jóvenes requiere de políticas innovadoras y decididas”, *Carta sobre población*, vol. 1, núm. 3, febrero, pp. 1-6. [México, Grupo Académico de Apoyo a Programas de Población].

- (1995b), “Embarazo adolescente. Significado e implicaciones para distintos grupos sociales”, *Demos. Carta Demográfica Sobre México*, núm. 8, pp. 11-12.
- (1994), “Prioridades de investigación para la prevención del embarazo adolescente en México: un punto de vista heterodoxo”, *Salud Reproductiva y Sociedad*, Boletín núm. 2, El Colegio de México, enero-abril.
- Stern, C. y E. García (2001), “Hacia un nuevo enfoque en el campo del embarazo adolescente”, en C. Stern y J. G. Figueroa (coords.), *Sexualidad y Salud reproductiva. Avances y retos para la investigación*, México, El Colegio de Mexico, pp. 331-358.
- Szasz, Ivonne (1998), “Sexualidad y género: algunas experiencias de investigación en México”, *Debate Feminista*, año 9, vol. 18, octubre, pp. 77-104.

